

san Juan Crisóstomo aún les hizo aficionar más; pero nada sabemos con seguridad sobre esta visita. Entre las cartas de san Isidoro se hallan algunas dirigidas á Casiano y otras á Germán; pero ninguna prueba hay que el Casiano á quien fueron escritas sea el de quien hablamos. En cuanto á Germán sépase que aquel á quien Isidoro escribió era hombre de guerra, y no monje.

Hay quienes creen que después de haber pasado siete años en Egipto volvieron luégo al monasterio de Belén, desde donde poco tiempo después fueron á Scete; pero es muy probable que de Diolque pasaron á Scete, de donde después de algún tiempo volvieron á Palestina, estableciéndose enseguida en el mismo desierto, hasta el tiempo de las perturbaciones que allí causó una carta pascual de Teófilo de Alejandría, la cual seguramente fué la causa de que ellos salieran para ir á Constantinopla. Esta es la opinión que seguiremos en lo que nos resta decir de su historia.

Pasaron, pues, al monasterio de Scete después de haber permanecido algunos dias en el monasterio del abad Pinufio, y allí adquirieron un conocimiento más completo de la vida solitaria, que ya habían comenzado á practicar en el desierto de Diolque. La abstinencia que allí practicaban era tal, que no consideraban á un solitario bastante sobrio cuando en un día se comía dos panes de seis onzas cada uno.

Entre los más célebres solitarios que tuvieron la dicha de visitar, vieron principalmente a Moisés, Paphnufio, Daniel, Serapión, Teodoro, Serenio, Isaac y Teonas. Casiano atribuye sus diez primeras *Conferencias* á los siete primeros, y las veintiuna veintidós y veinte tres á Teonas.

Las conferencias que tuvieron con Moisés, Paphnufio, Daniel y Serapión, se deben relatar en su primer viaje á Scete; y en el segundo, las de los abades Teodoro, Serenio Isaac y Teonas. El abad Moisés á propósito les habló

de un solitario y de la discreción; el abad Paphnufio, de la triple renuncia de un solitario; el abad Daniel, de la guerra de la carne contra el espíritu; el abad Serapion, de los pecados capitales; el abad Serenio, de la volubilidad del alma, de los principados y de las potestades invisibles; el abad Isaac, de la oración; el abad Teonas, del ayuno, de los obstáculos exteriores de la santa comunión, y de estas palabras de San Pablo en su Epístola á los Romanos, capítulo 7: *Yo no hago el bien que quiero, pero hago el mal que no quiero*. Los propagandistas del Bolandismo no se atreven á decidir si fué en su primera ó segunda permanencia en Scete cuando tuvieron la conferencia con el abad Teodoro sobre la muerte de algunos santos ermitaños, que los Sarracenos habían despedazado.

No estuvieron con tanta constancia en el desierto de Scete, que no recurriesen también otros desiertos vecinos. Visitaron al abad Maqueto, que moraba en un lugar muy apartado de los otros solitarios; pero Casiano no dice cual era aquel lugar. Penétraron hasta la mansión de Pablo de Porphyrión, que la tenia en una caverna distante siete jornadas de los países habitados. Fueron también al desierto de las Celdas, y á los de la Alta-Tebaida, pues Casiano habla del gran monasterio de Tabenia; mas se ignora si fué en el primér ó segundo viaje que hicieron.

Por fin, habiendo transcurrido siete años desde su partida de la Palestina y no satisfaciendo el deseo que estos religiosos tenían de verlos de nuevo, las cartas que habían escrito á los religiosos de su monasterio, en las cuales les prometían volver, regresaron á Belén, fuera para cumplir su promesa, fuera para obtener su dispensa y un nuevo permiso para volver á Scete. Rindieron, pues, á los ancianos de su monasterio el honor que les debían; encendieron en el corazón de aquellos á quienes no habían podido satisfacer con sus cartas, la antigua caridad que

habían tenido por ellos; y estando enteramente libres del escrúpulo que les hubiera podido causar su promesa, por un permiso que obtuvieron para volver á Egipto, fueron allí con tanta satisfacción, aun por parte de sus compañeros, á quienes sin duda habían emocionado con la relación de aquello que habían visto en su viaje, que estos quisieron acompañarlos una parte del camino.

Fueron á Scete en el mismo año que habían vuelto á Belén. No sabemos con precisión el tiempo que allí permanecieron, ni porque motivo fueron á Constantinopla. Lo cierto es que estaban en esta ciudad imperial el año 404, en donde dice Casiano que tuvo á san Juan Crisóstomo por maestro, de quien recibió la imposición de manos para el diaconado. El abad Germán fué elevado al sacerdocio; y cuando Teófilo de Alejandría trató de condenar al santo Crisóstomo en su asamblea de Chesna, en 403, este Santo mandó allí tres obispos con los dos sacerdotes Germán y Severo, para declarar que él no lo podía reconocer por su juez.

Parece que el mismo Santo había confiado á Casiano y á Germán la guarda del tesoro y de los vasos sagrados de la iglesia, puesto que los conservaron como por milagro, en el incendio que abrasó la iglesia de Constantinopla, el mismo día que este Santo fué echado de ella, por la facción de sus enemigos, el 20 de Junio de 404; é hicieron un inventario auténtico que llevaron á Roma en 405, con la carta que el clero de Constantinopla escribía al papa Inocencio sobre el destierro del santo Patriarca.

El mismo año contestó Inocencio á esta carta; tal vez también por Germán y Casiano, pero esto es muy incierto. Después de este tiempo nada sabemos de Germán, como tampoco á donde fué Casiano, después de su llegada á Roma en 405. Los unos han creído que permaneció allí hasta que fué tomada por Alarico, rey de los Godos, y que

de allí pasó á Marsella. Otros dicen que volvió á su monasterio de Belén, desde donde, habiendo este monasterio sido destruido por los bárbaros, al año 416 pasó á la Galia Narbonense; pero es necesario convenir con los continuadores de Bolando, que aquí hay un vacío en su historia, que no se podrá llenar por ningún hecho que sea probado. Lo cierto es que Casiano se retiró á Marsella; sea poco después del año 415, sea solamente después del año y que fundó allí dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres. El primero es la abadía de san Victor; el segundo, según el Padre *Guernai*, es el de *Beaune*, destruido después de muchos siglos, ó el del Santo Salvador, llamado en otro tiempo de san Ciriaco.

Es cierto que estableció una regla para los hombres, y es bien creible que daría también alguna á las mujeres, no habiendo probabilidad que las hubiese abandonado á su propia dirección.

Mientras que la disciplina regular florecía en su monasterio, y difundía muy lejos el buen olor de Jesucristo, Castór, obispo de Apt, fundó uno cerca de su ciudad episcopal, le escribió suplicándole si quería poner por escrito, para él y para su nuevo monasterio, las reglas que había visto practicar en la Palestina y en el Egipto, y que él había establecido en su monasterio de Marsella.

Nada se puede leer más edificante que las humildes expresiones que usa este santo obispo en su carta. « Castór, dice, el último de los hombres, se arroja con profunda humildad á los pies del santo padre Casiano, de ese hombre admirable por su santidad, ilustre por su vida, y recomendable por su ciencia. Y es muy razonable, mi más santo padre, prosigue, que se procure la sabia dirección de un maestro á las personas que aún son incapaces de dirigirse por sí mismas. Como en el deplorable estado á que el pecado nos redujo no todos tenemos bastantes luces para

constituirmos en nuestra propia guía, el único remedio que nos queda es hallar en la luz de otros, y en la deferencia que tenemos á sus sentimientos, las ventajas que no encontramos en nosotros mismos.

« Por esto yo vengo á suplicaros muy humilde, mi más amado Padre, que no negueis vuestras luces á una persona ignorante como soy yo, y no diferais más el escitarnos á la piedad, escribiéndonos los santos ejercicios en los cuales vos vivís tanto tiempo há, á fin de que esta lectura sirva á aquellos que, como nosotros, aun no son más que neófitos, y que todavía sienten los atractivos de la vanidad y de la gloria del siglo. « Nosotros sabemos que vos sois una de aquellas personas que más bien saben lo que se practica en los monasterios de Oriente, y principalmente en los del Egipto y de la Tebaida..... Por esto os ruego que nos escribais simplemente los reglamentos que habeis visto en todos los monasterios del Egipto y de la Palestina, según que fueron establecidos y fundados por nuestros ancianos Padres, á fin de que puedan aún hoy servir de regla á este monasterio que yo he establecido y que acaba de nacer, etc. »

Casiano no responde con menos humildad á este santo obispo, cuyo piadoso designio exalta, lo mismo que sus raras virtudes; y después de un largo prelude sobre el celo que él tiene para elevar á Dios un templo espiritual, construido, no con piedras insensibles, sino vivas; que no será temporal y corruptible, como el de Salomón, sino eterno é in mortal, añade: « Vos me escribis que no habiendo ningún monasterio en vuestra provincia, quereis establecer uno y lo quereis regular según los de Oriente, y particularmente del Egipto; y aunque vos poseeis perfectamente todas las virtudes, sobresalis por vuestra ciencia, estais lleno de toda suerte de riquezas espirituales, y no solo vuestros discursos, sino también vuestra sola vida basta á aquellos que quieren llegar á la más alta perfección, no obstante

eso os dirigís á mí para sacar algún recurso de mí pobreza. »

Enseguida manifiesta con muchas razones que alega, la dificultad que tiene en resolverse á hacer lo que le pide; pero que el deseo de obedecerle lo lleva sobre todas las dificultades. « Yo me rindo, pues, á vuestras súplicas, mi bienaventurado Padre, añade, á quien yo puedo llamar el único modelo de santidad y humildad; y por esa confianza que me inspirais, yo emprendo la composición de esta obra, mientras que mis fuerzas me la permitan. Yo principalmente procuraré decir lo que aún no ha dicho ninguno de aquellos que han escrito antes que yo sobre estas materias, pues mas bien han relatado aquello que oyeron de los otros, que no lo que habían experimentado por sí mismos..... No me entretendré en hablar de los milagros y prodigios de los santos varones, cuyos reglamentos yo describo, por más que hayan hecho gran número, y que no solo he aprendido muchos, por la relacion de otros, sino que con mis propios ojos he visto muchos..... Tampoco me quiero detener á hablar de las maravillas de Dios; sino que quiero tratar en pocas palabras de los medios de reformar nuestras costumbres, de corregir nuestros vicios, y de hacernos perfectos según las reglas que nuestros ancianos nos han prescrito. »

Sobre este plan formó Casiano su obra de las *Instituciones monásticas*, dividida en doce libros, de los cuales los cuatro primeros contienen los reglamentos de los monasterios, y los ocho restantes tratan de los pecados capitales, de su origen y de los medios de destruirlos; mas al presentar los institutos y las reglas de los monasterios de Oriente, tempera con la práctica más dulce de los de Palestina y de la Mesopotamia, aquello que los de Egipto podían tener demasiado austero y demasiado difícil para ser propuesto á los monasterios de las Galias, á causa del rigor de los lugares y de la diferencia de costumbres; sobre lo cual

añade esta excelente máxima: « Cuando tomamos por regla aquello que es razonable, y no es superior á nuestras fuerzas, por más que tal vez hagamos menos que los otros, no por eso dejamos de cumplir nuestra regla con tanta perfección como ellos. »

Esta primera obra de Casiano fué recibida por el obispo Castor y por sus religiosos con tanta satisfacción, que este santo prelado instantáneamente le rogó le escribiese las conferencias espirituales que había tenido con los anacoretas de Scete. Las escribió, pues, para contentarlo, lo que no fué tanto para instrucción de los cenobitas como de los anacoretas; pero el santo obispo dejó la tierra para visitar á Dios antes que esta obra fuese concluida.

Después de la muerte de este bienaventurado pontífice dirigió sus conferencias al obispo Leoncio y á Heladio, monje y después obispo. Leoncio era hermano, ó más ó menos pariente de Castor, y se cree ser el mismo que Leoncio, obispo de *Frejus*. Heladio lo fué de cierta metrópoli; pero antes había pasado de la vida cenobítica á la eremítica, como se puede conjeturar por lo que de él dice Casiano.

Después de estas diez conferencias se vió obligado á escribir otras siete para satisfacer el piadoso fervor de los santos Honorato y Eucherio, quienes sin duda serían los célebres obispos de Arles y de Lión. Dice haber tenido estas conferencias con los solitarios de Panefisa, quienes fueron los primeros que vió al llegar al Egipto, como hemos dicho. San Honorato entonces era superior de los monjes de *Lerius*, y Eucherio era religioso, y había concebido el deseo de pasar al Egipto para ser testigo de las virtudes de los solitarios que Casiano había visto ya. Dirigiéndoles estas siete conferencias, les escribió en estos términos:

« Mis muy queridos hermanos. Aunque muchas de esas santas almas que vosotros formáis con el ejemplo de vuestra virtud, no puedan apenas llegar á esa alta perfección

que vosotros haceis brillar en el mundo como astros de admirable claridad, no obstante, teneis tanta pasión por la gloria de aquellos ilustres varones que fueron los primeros en fundar y establecer la vida solitaria de los anacoretas, que uno de vosotros, presidente de una grande asamblea de cenobitas, desea que su congregación, que todos los dias tiene la vista y el modelo de vuestra santa vida como un maestro viviente que la enseña, sea como ilustrada por los preceptos y consejos de los santos anacoretas; y que el otro también ha querido para edificarse en su conducta exterior y visible irse allá á las profundidades del Egipto..... Por esto la obligación ineludible de la caridad me ha arrojado quierais no quierais al peligro al cual me expongo escribiendo esto, á fin de satisfacer el deseo de uno y ahorrar el trabajo al otro. » Después habla de los doce libros de las *Instituciones de los Cenobitas*, que había enviado al obispo Castor, y de las diez conferencias que había tenido con los Padres del desierto de Scete, y que había escrito para obedecer á los obispos Heladio y Leoncio. A más de las siete conferencias que les enviaba, aún les promete otras siete, « á fin, dice, que si vuestra santa avidez y esa ardiente sed que manifestais, todavía no se puede saciar con esos últimos discursos, al menos espero que las otras siete conferencias que yo debo enviar á los santos ermitaños que viven en las islas *Stachades* (estas son las islas de *Hieres*), satisfarán plenamente vuestro deseo. »

Dedicó, pues, estas siete últimas conferencias á Joviniano, Minerva, Leoncio y Teodoro, en una carta que está al frente de la décima octava conferencia. Lo que al efecto les dijo demuestra cuan útil la lectura de las vidas y de la doctrina espiritual de los Padres de la soledad, puede ser á las personas religiosas, y el fruto que de ella pueden reportar. « No solo, les dijo, los que hacen profesión de una humilde obediencia en el monasterio, sino hasta aquellos

que quieren vivir como anacoretas en esos desiertos, donde se han retirado bastante cerca de vosotros, podrán hallar en estos tratados avisos propios para los lugares que habitan y para el estado de vida que hayan abrazado. Vuestros trabajos pasados les han ya procurado esta gran ventaja, que encontrándose en la misma profesión que los santos solitarios que hablan en estos escritos, comprenderán más fácilmente su doctrina y recibiendo en sus celdas á los autores de esas conferencias con sus libros, todos los dias se entretendrán con ellos, haciéndoles sus preguntas y escuchando las respuestas que les den. Así no seguirán su espíritu y sus propios pensamientos en un camino tan difícil y tan nuevo en estas regiones, que aún tiene sus peligros en los lugares donde es más ordinaria y más sostenida por el ejemplo de una infinidad de santos; y no tendrán por guías en este nuevo camino á aquellos á quienes la tradición de los ancianos y una larga esperiencia ha hecho muy hábiles. »

Joviniano, Minerva, Leoncio y Teodoro sin duda eran aquellos cuyas virtudes y celo por la vida religiosa habían hecho más célebres en las islas de *Hieres* sobre la costa de Provenza. Se veía á su modo, como Casiano lo hace entender bastante, florecer gran número de cenobitas y anacoretas, lo mismo en las islas que en la tierra firme. Minerva y Joviniano, ó Joviano, dirigían cada uno un monasterio, como lo habían hecho san Castór en Apt y san Honorato en *Lerins*; y por fuera de los monasterios se veían muchos ermitaños que vivían en un riguroso retiro, practicando ya lo que Casiano trataba de enseñarles.

San Honorato ocupaba la silla de Arles cuando Casiano escribió estas siete últimas conferencias. Este Santo, según Tillemont, murió todo lo más tarde en 429, y Casiano tenía prometidas sus conferencias desde el año 426. A más de estas obras ascéticas, Casiano compuso otra considerable contra Nestorio, con la cual combatió los

errores por los siete libros que hizo expresamente. Lo emprendió á ruegos del papa san Leon el Grande, entonces arcediano de la iglesia romana. En esta obra, en la cual Casiano se exhibe muy erudito sobre el dogma, no nos fijaremos en el título distinguido que le merece entre los teólogos. Como eso ninguna relación tiene con las *Vidas de los Padres de los desiertos*, de quienes aquí hablamos, lo parasemos por alto. Esta fué la última producción de su celo. Genadio dice que murió en el imperio de Teodosio y Valentiniano: esto es, entre 426 y 430; pero no fija el año. Según la *Crónica* de san Próspero, es cierto que en 432 ó 33 aún vivía. Tristemio dice que murió en 435, y el Padre Guesnai dice que vivió hasta 448; pero ninguna prueba cierta dan de ello. Así es que los continuadores de Bolando concluyen diciendo; ignoramos en que año murió.

Casiano era sacerdote, sin que se sepa por su historia si recibió el sacerdocio en Roma ó en Marsella. El texto de Genadio, dice Tillemont, podría hacer creer que fué ordenado en esta última ciudad, en donde se ve que pasó los postreros años de su vida; mandando los cánones que los eclesiásticos no marchen del lugar en donde fueren ordenados; además que el concilio de Roma en tiempo de Gelasio lo llama sacerdote de las Galias.

En el trascurso de los tiempos se han tributado grandes honores á su memoria. Diversas iglesias, cuya numeración se puede ver en el Padre Guesnai, lo honran como santo el 23 de julio<sup>1</sup>, en cuyo día también lo pone zerrario. El papa Urbano V hizo meter su cabeza y su brazo dentro una arca que se expone sobre el altar el día de su fiesta en la célebre abadía de san Víctor de Marsella. Lo restante de su cuerpo está en una capilla subterránea de la misma iglesia en un sarcófago de mármol. La Iglesia griega le

<sup>1</sup> Martirologio de Marsella.

rindió culto religioso antes que la de Occidente. Para el día de su fiesta ha señalado el día bisexto, que entre los orientales es el 29 de febrero.

Por más que Casiano haya recibido y merecido grandes alabanzas, no se pueden excusar ciertos sentimientos que tuvo sobre la gracia y sobre la mentira, ni paliar el semi-pelagianismo que sembró en su décima tercia conferencia.

Todo cuanto se puede decir en su favor es, que defendió estas materias antes que la iglesia decidiera sobre ellas. Por otra parte, se manifestó absolutamente opuesto al error de los pelagianos, como se ve en su obra sobre la *Encarnación* contra Nestorio, en donde también dice que había trabajado para sacar de él al monje Leporio. Tillemont dice parecer que él quiere atribuir su conversión á sus consejos, por mas que sea debida á los de san Augustin, y á los de Aurelio de Cartago; no obstante no ser esta la opinión de Casiano, quien solamente dice que el *lo movió*, y que Dios lo *convirtió* y que *esto sucedió en Africa*. Así Casiano lo preparó emocionándole, y san Augustin concluyó la obra.

No haremos el análisis de todas las *Conferencias* de Casiano, pues esto interrumpiría demasiado la historia de los solitarios; bastará hacer el de algunas que nos parezcan más útiles, y que no se resientan de sus errores.

---

#### EL OBISPO ARQUEBE Y EL ABAD CHEREMON '

« Panefisa, dice Casiano, era en otro tiempo una ciudad muy rica, siendo su territorio uno de los países más fértiles del mundo. Ella sola, como se suele decir, producía

Casiano, Paladio, Sozomeno, Gazeo.

todo lo necesario para la mesa del rey. Pero habiendo el mar sido agitado extraordinariamente por un temblor de tierra, saltó sus orillas. y habiéndose esparcido por todos los campamentos del rededor, derribó todas las casas, convirtiendo aquellos campos muy fértiles en una gran laguna de agua salada; de suerte que se puede decir que estas palabras del salmo, que se entienden en un sentido espiritual, entonces se cumplieron al pié de la letra, y parecieron una profecía de aquello que sucedió en este lugar: *Secó los rios y enjugó los arroyos y las fuentes; cubrió de sal una tierra muy fértil á causa de la malicia de aquellos que la habitaban.* »

Sucedió, pues, con el tiempo que muchas de las pequeñas aldeas que estaban edificadas sobre colinas, siendo inhabitables por efecto de esta inundación, se convirtieron en pequeñas islas, que hoy son muy propias para aquellos santos anacoretas que desean una perfecta soledad. »

Ptolomeo habla de Panefisa como de un lugar muy considerable; pero este país, antes tan fecundo y delicioso, no era más que un lago, en el cual muchos terrenos más elevados que los otros, parecían como islas, de las cuales el agua salada y las malas exhalaciones sacaron los habitantes, y solo servían para secundar la austeridad de algunos anacoretas que rehusaban las habitaciones cómodas para tener otras muy molestas, que por su incomodidad favorecían su gusto para la penitencia. A esto quedaron reducidos los tristes restos de una diócesis tan hermosa de la cual Arquebe, este santo prelado que en Tenesia recibió á Casiano y á Germán, era obispo, después de haber sido treinta y siete años anacoreta. Casiano no habla de su alta virtud sino llevado de transportes de admiración. « Este hombre admirable en todos sentidos, dice, desde el principio sobresalió en el desierto entre todos los anacoretas (su desierto era seguramente el de Panefisa ó estaba muy cer-